



El oficial de aviación es un solitario, vive y muere solo y casi siempre sin testigos.

LA tierra, el agua y el aire, estrechamente unidos pero distintos, con fronteras perfectamente definidas que solo muy pocos cruzan sin riesgo de su vida.

Aves, peces, animales terrestres: cada grupo perfectamente adaptado al medio en que vive, con importantes aspectos comunes y no menos caracteres específicos que es imposible ignorar.

Los pájaros andan, pero mal; y algunos peces vuelan... torpemente. Y casi todos los mamíferos sabemos nadar aunque los únicos que lo hacen realmente bien son los cetáceos.

El medio en que un ser vive define sus caracteres. Esto también se cumple para el hombre. Es verdad que no nos salen escamas ni nos nacen plumas... en el cuerpo. Pero la mente del hombre se va diferenciando; y sus hábitos; y su léxico —un hombre de secano nunca "cae a babor"—; y varía su concepto del

AGUA, AIRE, TIERRA y FUEGO

Por IME

espacio y del tiempo, y como consecuencia su capacidad de reacción, su "reprise".

Aprendemos en Física que el tiempo, el espacio y la velocidad son interdependientes y la mente humana se adapta a esos parámetros de tal forma, aunque no sepa Física, que la etapas del hombre sobre la Tierra podrían definirse por los hitos históricos en los que el hombre pasó de utilizar sus propios pies a cabalgar, de cabalgar a conducir un automóvil, y de conducir un automóvil a volar. Aún hoy, a las puertas del Siglo XXI, las sociedades humanas podrían clasificarse en cuatro grupos: los que caminan —las masas hambrientas y miserables de Asia y África aún marchan a pie—; los que cabalgan; los que se desplazan en automóvil; y los que utilizan regularmente el avión —la "jet-set"—.

La evolución de las sociedades humanas se mide en kilómetros por hora.

El delfín, el águila, o el corzo man-



En el combate en tierra, entre el oficial y sus soldados existe un alto grado de dependencia.

tienen su velocidad a través de los siglos. El hombre va cada vez más rápido.... y más lejos.... y más alto. El delfín, el águila o el corzo siempre saben adonde van. El hombre a veces, lo ignora; no sabe adonde va, pero va más deprisa. El delfín, el águila o el corzo, permanecen; el hombre evoluciona. Ellos son perfectos; el hombre trata de perfeccionarse.

Los animales marchan siempre a la misma velocidad porque siempre hacen lo mismo, aquello para lo que nacieron. El hombre adapta su ritmo a la tarea que realiza; su ritmo físico y su ritmo mental.

Velar por la paz es una de las tareas del hombre. Por su propia paz y por la de su familia, su clan, su tribu, su patria. Por su paz, su libertad, su seguridad, su bienestar. De esta necesidad de velar por la paz nació el guerrero. Esta aparente paradoja no lo es. También la abejas y las hormigas, con un afán puramente defensivo, tienen siempre a punto a sus guerreros. Y el niño fuerte es el que menos peleas tiene en el colegio.

La tarea de velar por la paz, razón de ser de los ejércitos, puede hacerse a distintas velocidades. El infante

camina a cinco kilómetros por hora, el buque navega a veinte nudos, y el avión vuela a 0,9 Mach. Como consecuencia, el combate aéreo se decide en minutos; una batalla naval en horas y una acción terrestre de cierta envergadura puede durar semanas y hasta meses. Y para sobrevivir el hombre se va adaptando a los distintos ritmos y su mente va más allá del color del uniforme.

No sólo el tiempo de la acción es distinto, también lo es el medio físico en que se desarrolla, y las máquinas y armas empleadas, y las características del combate. Y, lo que es más importante, el contacto humano varía esencialmente y pasa de ser una relación entre personas —el soldado de infantería ve a su enemigo, lo distingue como individuo aislado, incluso llega al "cuerpo a cuerpo"—, a un contacto lejano entre buques, o a una acción aérea en la que se baten objetivos fuera del alcance visual y que aparecen en la pantalla del radar totalmente deshumanizados. Y aún no terminan aquí las diferencias. En el Ejército de Tierra —pienso siempre en la Infantería como más significativa— el que combate, el que aprieta el gatillo, es el soldado; el combate naval

es un duelo de artillería en movimiento en el que colaboran todos, desde el almirante hasta el marinero; en el aire nunca combaten los soldados. Como consecuencia, las relaciones entre oficiales y soldados son necesariamente distintas en cada Ejército. En el combate en tierra, entre el oficial y sus soldados existe un alto grado de dependencia, sus vidas están estrechamente ligadas aunque no siempre corren la misma suerte. En el combate naval el almirante y el marinero afrontan los mismo riesgos pues cuando se hunde el barco se hunde para todos; en la mar, la suerte tiene un solo color. Para el aviador el éxito o el fracaso en el combate y su peripecia personal son totalmente ajenas a la suerte de sus soldados; mientras el pelea ellos trabajan, juegan o van al cine a miles de kilómetros de distancia. El oficial del Ejército de Tierra convive con sus hombres, con la sociedad civil amiga y, según los acontecimientos de la guerra, con la enemiga. El oficial de marina convive exclusivamente con sus propios hombres, en un universo muy limitado y característico. El oficial de aviación es un solitario, vive y muere sólo, y casi siempre sin testigos. Todos luchan por la paz —aire,

agua, tierra y fuego— pero cada uno a su manera, y la manera de luchar los va diferenciando.

Al tigre, el tiburón y el cóndor la naturaleza los hace distintos; nacen adaptados al medio en el que van a desarrollar su actividad. Pero los hombres, no. Nacen todos iguales. El minero, el aviador, el empleado de banca o el corredor de fórmula uno son iguales al nacer, o al menos muy parecidos. Es al crecer cuando van apareciendo sus características diferenciales aunque nunca tan acusadas, naturalmente, como en los animales de mi ejemplo. Cuando el hombre a la edad en que tiene que elegir carrera puede hacerlo libremente y acierta en su elección suele hacerlo en virtud de esas características que definen su constitución psicosomática, su personalidad, la cual se potencia posteriormente en los centros de instrucción y más tarde en el desarrollo de su actividad profesional. La profesión imprime carácter, tanto más cuanto más intensamente se vive. Poco a poco se va modelando un hombre: un jurista, un médico, un maestro, un aviador, un marino, pero ¡jojo! siempre y primero un hombre. Mal centro de enseñanza será aquel que trate de potenciar las características diferenciales a costa del ser humano, aquel que al mismo tiempo que especializa, deshumaniza. Tampoco será bueno el sistema educativo que iguale, que enrase, que elimine los caracteres específicos en beneficio de la uniformidad a ultranza. La nación que consiguiera unas Fuerzas Armadas en las que infantes, aviadores y marinos fueran idénticos habría conseguido transformar al tigre, el tiburón y el cóndor de mi ejemplo en el pato de la fábula, el que anda, nada y vuela sin destacar en nada.

Es preciso, sin embargo, que en los altos niveles de mando exista un concepto global de la misión y que un Jefe de Teatro de Operaciones conozca el mejor empleo de las fuerzas de tierra, mar y aire que tenga asignadas y que cuando su Estado Mayor Conjunto le presente sus conclusiones él sea capaz de decidir con acierto. Por supuesto el concepto de acción de conjunto debe estar siempre presente en la mente de todo militar, cualquiera que sea su graduación, pero no al mismo nivel, al igual que ocurre en una gran orquesta en la que el Director tiene en su mente la sinfonía, que es un todo único y completo, pero cada músico hace su trabajo; sabe que forma parte de un conjunto dentro de otro mayor y que no debe desafinar, pero los violinistas deslizan el arco y los trombones, soplan; y es bueno que cada uno tenga con-

ciencia de la importancia de su grupo dentro de la orquesta y sepa, al mismo tiempo, que sin el concurso de los demás instrumentos los violines solos, o los trombones solos no podrían tocar la sinfonía. Lo que nos dice que el espíritu de cuerpo es malo en cuanto aísla pero bueno en cuanto sirve de estímulo para superarse. Hay, pues, que buscar el equilibrio, la gran lección del Universo.

Con respecto a la Enseñanza Militar ¿hasta qué punto debe igualarse y desde qué punto no debe hacerse? Si se aborda el problema con espíritu abierto la realidad nos va marcando el camino desde el principio. Las exigencias físicas son distintas y en consecuencia ya tienen que serlo los reconocimientos médicos y los cuadros de exclusiones. También lo son las exigencias psíquicas y aunque en España no se tiene esto en cuenta no es porque no reconocamos su importancia sino porque carecemos de una herramienta de selección fiable, la psicología y la psicotécnica aún no nos ofrecen garantía suficiente. Una cosa tan simple como el idioma también distingue pues para un aviador no es lo mismo hablar inglés lo que le permite volar por el mundo entero que hablar francés lo que limita su actividad aeronáutica a Francia (es verdad que en la Academia General del Aire se les enseña inglés a todos pero alcanzan mayor nivel los que tienen conocimientos previos).

Una vez ingresados en las respectivas Academias o Escuela Naval las diferencias persisten y como es lógico aumentan a medida que se progresa en el camino hacia el ansiado despacho de teniente. Podrían ponerse muchos ejemplos sin gran esfuerzo de imaginación. El estudio

de la Geografía, verbi gracia, no puede ser el mismo para un hombre que va a desarrollar su actividad a Escala 1:10.000 que para el que va a desarrollarla a Escala 1:2.000.000; a un aviador los portulanos no le dicen nada, o muy poco, y supongo que también le dirá muy poco la gnomónica polar o la proyección Mercator a un capitán de caballería. La Cinemática tiene un enfoque distinto a 20 nudos que a la velocidad del sonido. No se utilizan, y por lo tanto no se estudian, las mismas plantas de potencia para mover doce toneladas de peso que veinte mil. Y el Principio de Arquímedes que tanto tiene que ver con el buque no se estudia en Aerodinámica.

Por supuesto los principios científicos son comunes pero la especialización empieza muy pronto y más ahora que los alumnos ingresan con las pruebas de Selectividad aprobadas y por lo tanto esos principios comunes forman ya parte de su bagaje cultural.

Con respecto a las Humanidades, que considero de gran importancia para todo el que va a ejercer la carrera de las armas, las diferencias no son tan acusadas, pero existen.

Ya hablamos del idioma; para un oficial del Ejército de Tierra tal vez tengan la misma importancia el idioma francés que el inglés, para un aviador no es así. La psicología y la sociología no pueden tener el mismo enfoque para un oficial del Ejército de Tierra que debe instruir y mentalizar a hombres para el combate que para un oficial de Aviación cuyos soldados van a realizar unas tareas que no difieren mucho de las que desempeñaban en su vida civil ni entrañan mayores riesgos, si exceptuamos las de segu-



En el combate naval el almirante y el marinero afrontan los mismos riesgos, pues cuando se hunde el barco se hunde para todos.



Si pudiera ver a esos hombres de cerca comprobaría que son aviadores vestidos de azul, no marinos que vuelan.

ridad y vigilancia que tampoco revisten el mismo grado de peligro que las acciones bélicas, por lo menos no en cantidad; quiero decir que si uno se muere le da lo mismo la circunstancia en que eso ocurra, pero participando activamente en la guerra se mueren más.

El estudio de la Constitución es, por supuesto, el mismo y tiene el mismo interés para todos, al igual que las Reales Ordenanzas, o las Leyes Orgánicas de Régimen Penal y Disciplinario. El dominio de nuestro idioma, tanto oral como escrito, afecta también por igual a todos los futuros oficiales ya que la palabra es una herramienta de uso general y de capital importancia pues puede comprobarse fácilmente que la mayor parte de las órdenes que se cumplen mal es porque no se entendieron y que muchas peticiones se rechazan por falta de claridad en la exposición. Los conocimientos básicos de Derecho, Economía, Geopolítica, Historia también son comunes aunque al profundizar en cada materia vayan apareciendo matices distintos.

Podríamos resumir diciendo que con respecto a las Humanidades las materias que componen los planes de estudio son las mismas aunque los programas no sean idénticos.

Nos encontramos pues con unos Centros de Enseñanza Militar Superior que deben impartir Humanidades con unos programas parecidos, impartir Ciencias con programas que difieren bastante, y efectuar prácticas absolutamente distintas.

He aquí, otra vez, a nuestros viejos amigos el tigre, el tiburón y el cóndor: los tres pertenecen al reino animal y al tipo vertebrados, el resto es distinto.

Y si los reunimos a todos y les ponemos el mismo uniforme ¿qué ocurriría? que mientras realicen de forma permanente distintas actividades seguirán siendo distintos. Las incursiones temporales en campo ajeno son como el pez que vuela o el pájaro que anda. Alguien puede estar pensando en la fuerza aérea de la U.S. Navy. Si pudiera ver a esos hombres de cerca comprobaría que son aviadores vestidos de azul, no marinos que vuelan.

Naturalmente no todos los pueblos necesitan una fuerza aérea embarcada como la de la Navy, ni pueden permitirse ese lujo, y tienen que recurrir a soluciones más baratas aunque no tan eficaces, al mestizaje: mitad branquias, mitad pulmones.

Cuanto he escrito se refiere, exclusivamente, a la formación de oficiales, no a la de jefes y mucho menos a la de generales, que necesitarían artículos aparte. ■